

# LA EDUCACION EN LA U. R. S. S.

"Un analfabeta es siempre fácil de gobernar", dijo cínicamente Pobedonotsev, procurador del Santo Sinodo, en los remotos tiempos de los zares y lo siguen diciendo ahora mismo los explotadores de toda laya en los países capitalistas, aún en los considerados más cultos y tan cultos que, en uno de ellos, la inocente radioemisión de Orson Welles relatando la utópica invasión de nuestro planeta por soldados marcianos, provocó escandalosa alarma en los radioescuchas. Sin

duda, los que pusieron pies en polvorosa y pidieron la protección de la policía, mal que bien sabían leer y escribir, pero tal parece que eso no significa haber salido del analfabetismo, como tampoco disponer de ladrillos y cemento significa ser buen albañil. Pueblos enteros puea, a pesar de que cuentan con instrumentos de cultura, no pueden usarlos con toda plenitud por las circunstancias precarias de vida que les impone un régimen económico en decadencia, agravadas con las agresiones represivas de las clases opresoras.

La Rusia zarista de 1913 estaba en peor situación: no tenía esos instrumentos de cultura, el 79% de la población del Imperio era analfabeta y la educación pública tenía un retraso de cien años con relación a los más avanzados países europeos. Eran gastos 239.7 millones de rublos y el estado invertía 1.73 rublos per capita para educar a sus súbditos. El censo de 1920, tres años después de la revolución, arrojó los siguientes datos: de 1,000 varones sabían leer y escribir 617; de 1,000 mujeres eran alfabetas 336 y la cifra promedio es 465 por cada 1,000 individuos. Mientras el pueblo luchaba para consolidar sus conquistas, en un país destruido por la guerra, se había dado tiempo para aprender a leer y a escribir en casi su 50%. En 1932, último año del Primer Plan Quinquenal, se habían asignado 6,410.6 millones de rublos, para la educación pública, a razón de 38.64 por individuo. (El lector se dará una idea de esas sumas estableciendo la equivalencia de 2 rublos por 1 dólar norteamericano, aproximadamente). Este sensible progreso no se detuvo allí, sino que prosiguió en proporciones que no tienen paralelo en la historia. Durante los primeros años del poder soviético diez millones de personas fueron alfabetizadas; en el transcurso del Primer Plan 17 millones más recibieron ese beneficio, entre los años de 1929-32 y, al terminarse el Segundo Plan, el analfabetismo había sido liquidado en toda la U. R. S. S. Más de cuarenta millones de personas, para el año de 1937 leían y escribían en ruso, ucraniano, uzbeko, kazaco, tártaro, ruso blanco, judío, turco, georgiano, armenio, mordoviano, alemán, chuvashco, tadjiklo, kirgizlo, turcomano, votliako y otras lenguas secundarias y dialectos.

La Unión Soviética demostró en forma suficiente que los pueblos analfabetos pueden hacer la revolución y, afirmar lo contrario, a estas horas es absurdo y de mala fé. En efecto, uno de tantos argumentos sofisticados de la burguesía es que, primero, es necesario educar al pueblo y luego, como graciosa recompensa se le dará un mejor estado social; pero como resulta que es imposible dentro del régimen capitalista una educación integral de esa naturaleza, el razonamiento es a todas luces vicioso. La revolución enseña a leer, sí; pero antes que nada y sobre todo a vivir y a vivir aprendieron desde 1917 los pueblos de la U. R. S. S.

Como la alfabetización no es un fin, sino uno de los medios de elevación cultural, más de doscientas nacionalidades y grupos étnicos emprendieron victoriosamente ese camino sirviéndose de los mejores instrumentos conocidos por el hombre de este siglo, para construir el socialismo en el más vasto país de la tierra y saben defenderlo. El trabajo humano y la defensa, en superación constante, han sido los dos objetivos primordiales que se han propuesto los pueblos de la Unión Soviética y no hay duda que se han logrado ahora, al final del Tercer Plan Quinquenal, después de veinticuatro años de logros asombrosos en el terreno de la educación pública.

La productividad del trabajo, acrecentada en proporciones gigantes por el movimiento stajonovista —obreros, campesinos y otros productores que han dominado la técnica de su trabajo y establecido records inigualados en la productividad— débese en gran parte, según el conocido economista Varga, a la verdadera revolución cultural que se verificó en el período comprendido en el Segundo Plan Quinquenal: el número de alumnos de las escuelas elementales y secundarias pasó de 21,300,000 a 29,400,000; el número de alumnos en los grupos de quinto a séptimo año se duplicó y se multiplicó quince veces el número en los grupos de octavo a décimo años.

Esas cifras fueron superadas. En el lapso 1939-40 los alumnos de primaria y secundaria en las escuelas de la U. R. S. S. ascendieron a 34,969,200 y en 1940-41 son 36,200,000, con un aumento de 3.4%. Por otra parte, la población estudiantil de las Instituciones de Enseñanza Superior en 1939-40 era de 571,590 y de 657,000 para 1940-31, concurre a cerca de 750 universidades, colegios, institutos, etc.; que sobrepasan en número a los plantales de esta especie de 23 estados europeos juntos, incluyendo a Francia, Italia, Polonia y Japón. Durante los dos primeros Planes Quinquenales (1928 a 1937) salieron de las aulas 1,500,000 jóvenes técnicos y en este año que cursa sólo 794,000 se graduaron en las escuelas industriales. Los alumnos nuevos en las escuelas profesionales y ferroviarias suman 350,000 actualmente y en las escuelas industriales 794,000.

La intensidad y extensión de la educación pública en las naciones soviéticas, se cristaliza en un aumento constante de los cuadros calificados de obreros e intelectuales. Véanse algunos datos del período 1926-39:

a) Obreros:	Aumento.
cerrajeros .....	3.7 veces
torneros .....	6.8 "
fresadores .....	13 "
maquinistas .....	4.4 "
estruquistas .....	7 "
tractoristas .....	215 "
b) Intelectuales:	
ingenieros .....	7.7 "
agronomos .....	5 "
maestros .....	3.5 "
médicos .....	2.3 "
otras especialidades .....	7.1 "

Si se observa que en ese mismo espacio de tiempo la población aumentó en un 16%, las reservas de trabajo humano acrecieron en proporción superior y demuestran tendencia del trabajo no calificado a disminuir y no es muy remoto el día en que, por lo tanto, en la U. R. S. S. todos los trabajadores sean de calificación superior y no habrá distinción para el simple trabajo manual. Entonces y como consecuencia, la única forma de retribuir el trabajo será en función de las necesidades de cada individuo.



Es muy explicable así que la reducida aldea de Lukashevka, en el curso de los dos primeros planes quinquenales, (1929-37) haya dado: 48 maestros, 1 ingeniero ferrocarrilero, 3 aviadores, 1 pintor, 1 procurador, 1 capitán de marina, 2 médicos, 6 agrónomos, 8 tanquistas, 42 tractoristas, 14 choferes, 4 operadores de combinados.

Por su parte, la aldea de Tyurlema, en la República de Chuvash, en cincuenta años anteriores a la Revolución de Octubre dió: 3 empleados de correos, 3 telegrafistas, 1 médico auxiliar. Después de 1917 cuatrocientos campesinos tyurlemenses han llegado a ser: maestros, ingenieros, agrónomos, oficiales del Ejército Rojo, guardabosques, directores de fábricas, intendentes, contadores, electricistas, mecánicos y médicos.

Estos son los pueblos de la U. R. S. S., donde los "campesinos pobres" —como dice el señor Churchill— han conquistado para sus pechos una insignia, inscrita en una estrella: "Listos para el trabajo y la defensa" y saben el nombre de su poeta Pushkin, cuya profecía han realizado con creces:

Sabrán mi nombre Rusia; en toda lengua viva sonará. Los hijos de la tierra; esclavos orgullosos, finlandeses, kalmukos amantes de la estepa. el tungu salvaje... ¡lo sabrán!

gueses, no engañaban a nadie acerca de sus fines. O sea que, cien veces más disculpable es Churchill ideando la "Intervención" contra el naciente país de los Soviets, que había abolido todos los intereses creados que en el suelo y el subsuelo de la Rusia zarista tenía la City, que no esos pseudo-jefes obreros (que de obreros nada tenían, o habían dejado de tenerlo hacía muchos años) de la llamada "Mesa" de la II Internacional, que, aún en vísperas de la conflagración que había de arrastrar media Europa, empeñábanse tozudamente en impedir la entrada de los Sindicatos Rojos en la F. S. I., prefiriendo desdeñar todas las medidas de estrecha colaboración entre las masas trabajadoras —o sean las únicas medidas que podían haber impedido la guerra— antes que permitir el contacto de las masas explotadas de los países capitalistas con los trabajadores emancipados de la U. R. S. S.

Recordar, por muy sucintamente que fuese, algunas de las "invenciones" utilizadas, conjuntamente por el capitalismo y sus lacayos de la socialdemocracia contrarrevolucionario, y del trotskismo traidor para retrasar, hasta donde les fuese posible, la divulgación de la realidad de la vida soviética (si no le temiéramos al neologismo, diríamos que de la "realidad verdadera") requeriría inacabables tomos. El período de los comienzos de la organización soviética, en que los trabajadores soviéticos, ya exhaustos por la guerra imperialista del 14 y, bárbaramente acorralados por la coalición de todas las fuerzas reaccionarias del mundo, protectoras de todas las bandas "blancas" que pretendía restaurar el absolutismo, ha sido explotada, casi hasta estos últimos días, para presentar un cuadro pavoroso del hambre y la miseria en Rusia. Aquel heroísmo, tal vez sin igual, con que los bolcheviques y "partisanos" de la primera hora resistieron ese acorralamiento que, en holocausto a los privilegios de clase, les imponían los gobiernos llamados democráticos; aquellas hambres, aquellos frios, con sus millares de niños sin pan y sin ropas, vagando como bestezuelas errantes de punta a punta de un inmenso territorio devastado por la guerra civil y la intervención extranjera, eran presentados, todavía recientemente, como la realidad actual del único país del mundo en que no hay un solo niño sin pan, sin ropas apropiadas y sin escuelas, ni un solo hombre desocupado. Las condiciones de la Rusia zarista; las ciudades en que el mínimo de bienestar constituía un lujo reservado a una minoría exigua, las aldeas semibárbaras, en que los campesinos analfabetos, y a merced de los caprichos de los grandes terratenientes, no tenían más válvula de escape a sus penas y a su miseria que el embrutecimiento por el alcohol; aquella carencia casi absoluta de industria, y aquella agricultura que perpetuaba anacrónicamente, en pleno siglo XX, los métodos primitivos de la servidumbre feudal; esas condiciones, que eran la verdad sobre la cual se asentaba el lujo espectacular de unos cuantos aristócratas, que paseaban sus leyendas, pasmo de la bobaliconería pequeño-burguesa, por los casinos y playas de moda de Occidente, fueron deliberadamente relegadas al olvido por los que, al tenerlas presentes, como punto de comparación para los esfuerzos realizados en la Rusia Soviética, tenían que haber admitido automáticamente, y reconocido la epopeya de liberación humana que constituye el régimen soviético. Que hasta con recordar esas condiciones de la vida de hace apenas unos lustros, y con compararla con las de ese país en que, según la frase de Churchill, "los niños jugaban y las mujeres reían", para que cayera por tierra, toda la falsedad de las propagandas antisoviéticas.

Mas, después de la guerra de España, en que el miedo a la "verdad de la U. R. S. S." hizo desatar, a los gobiernos pseudo-democratas, y a los líderes pseudo-socialistas, las más cínicas y grotescas campañas contra un pseudo-predominio ruso en la República Española, la guerra de Finlandia fué, quizá, el mejor pretexto que encontraron las fuerzas capitalistas y sus lacayos, para volver a sacar a luz los tópicos más absurdos acerca de los Soviets. Frente a un barón Mannerheim, el organizador de la matanza de decenas de millares de trabajadores finlandeses, el hombre a quien los obreros británicos impidieron desembarcar en la Gran Bretaña, y al que se quería hacer aparecer como héroe de la democracia universal, había, naturalmente, que presentar como a bárbaros sanguinarios a los jefes militares, y a los dirigentes soviéticos, cuyo avance por Finlandia significaba la libera-

ción de uno de los pueblos más oprimidos de la tierra: el primer pueblo víctima del fascismo, aún antes de que este nombre se difundiera. Por obra y gracia de los intereses de la finanza internacional, y de los vividores de la socialdemocracia, Mannerheim, el defensor del zarismo, el amigo y admirador de Hitler, habíase convertido en puntal de los principios de Libertad y Democracia, y Finlandia, cuyo régimen habíase instaurado sobre decenas de millares de cadáveres de trabajadores, sacrificados por los "grandes señores de la madera", habíase convertido en un espejo de democracias, que merecía la adhesión, y ayuda de todos los pueblos libres. Y como, en la difamación y en el ridículo, todo es empezar, estas campañas, que únicamente el cinismo más descarado pudo desarrollar, y la ignorancia más crasa pudo aceptar, ofrecían la "contrapartida" de un Ejército Rojo hambriento, impreparado, cobarde, anheloso de volverse contra unos jefes brutales e igualmente impreparados. Los magazines de la Francia de Daladier y de Blum —de la Francia ya vendida al hitlerismo— divulgaron fotografías sensacionales de soldados rusos harapientos, que abrían ojos desmesurados ante la visión desconocida de un trozo de chocolate, que misericordiosamente les entregaba su apresor finlandés. Mas, ahora resulta que ese Ejército Rojo es el más formidable del mundo, el mejor pertrechado y el mejor preparado, y que esa ayuda soviética será la salvación de Inglaterra. Ahora resulta, también, que eso del "comunazismo", tras cuya cortina de humo los Comités Dies y todos los agentes del fascismo han intentado lanzar a las democracias contra las organizaciones obreras, e impedir la ayuda a las víctimas del hitlerismo, eran una broma que nunca se debió tomar en serio, y que "era bien sabido que Rusia y Alemania eran enemigas acérrimas". Esto lo publicaba textualmente "Últimas Noticias" del lunes 23, en demostración, sin duda, de que los que escriben esa hoja nada tienen que envidiarle a nadie, en punto a cinismo y desvergüenza.

Y ahora resulta, también, que Stalin es genial. No hace aún una semana, era un sátrapa más sanguinario que Hitler: en 1939, cuando se celebraban, en Moscú, las negociaciones anglo-franco-soviéticas (esas famosas negociaciones que, por parte de Francia y de Inglaterra, fingían llevar a cabo misiones que tenían la orden concreta de no llevarlas a término, lord Halifax díjole sin recato a un diputado francés: "antes me dejo matar por Hitler, que ir a Moscú". Era la época, no tan remota, en que el "grupo Cliveden" esforzábese por convencer a Inglaterra primero, y al mundo entero después, de que el único objetivo de guerra posible era la URSS y de que nada se oponía al más estrecho entendimiento de las democracias con Hitler.

Ahora queda, de avanzada descarada del grupo Cliveden en este hemisferio, ese duque de Windsor, con su distinguida esposa, la entrañable amiga de Ribbentrop, y su corte de financieros refugiados en las Bahamas para, desde ahí, extender sus tentáculos munienses sobre Wall Street y toda la América central y latina. De momento, todo eso tiene que ser "figuras en la sombra" (claro está que no por ello pondrán las armas tan fácilmente) y lo que conviene destacar, para tranquilizar a los que ya iban perdiendo la fé en una posible victoria británica, es, precisamente, la potencia soviética, la riqueza soviética, y la genialidad del hombre que lleva sobre sus hombros la máxima responsabilidad de los destinos del pueblo soviético. Si se recuerda que, hace muy pocos meses, la reacción universal le hizo el reclamo a una de las asquerosas producciones trotskistas, obra cumbre de la difamación del régimen soviético, que llevaba un prólogo del señor Gorkin, uno de los traidores del P. O. U. M., condenado por los tribunales de la República Española por entendimiento comprobado con Franco, prólogo en el cual se presentaba a Stalin, no ya sólo como ejemplo de barbarie y sadismo, sino de estulticia e ignorancia, cuyo mismo aspecto físico revela que se trata de un hombre enteramente desprovisto de inteligencia, se comprenderá hasta qué punto ha de ser brusco el viraje que necesitan dar ahora ciertas propagandas; y hasta qué punto nos es lícito proclamar muy alto el desprecio que han de merecernos, por igual, todos aquellos que, bajo cualquier etiqueta que fuese, trotskistas o socialdemócratas, conservadores o pseudo-liberales, se han esforzado, durante cerca de un cuarto de siglo, de mantener los privilegios capitalistas al socaire de la difamación del país del Socialismo.

## LA UNION SOVIETICA, OBJETIVO...

(Viene de la página 3)

de construcción que se estaba llevando a cabo en el país del socialismo. Ciertamente es que las oligarquías del capitalismo internacional no hubieran podido jamás incrementar, y sostener, tanto tiempo sus calumnias, sus burdas mentiras, si para ello no hubieran contado con la ayuda entusiasta y eficaz de los poncios de la II Internacional: de todos esos burócratas oportunistas, encaramados sobre las organizaciones de los trabajadores, como podían haberse en-

caramado en cualquier escalafón burgués. Algún día se habrá de examinar la tremenda responsabilidad de estos altos funcionarios de la socialdemocracia, convertidos en dóciles servidores de las más calumniosas y nefandas campañas del capitalismo internacional, contra el único país de la tierra en que el hombre había dejado de ser materia de explotación para el mismo hombre. Al menos, los que hablaban, sin refugio, en nombre de los privilegios e intereses bur-